Laurence Debray

Juan Carlos de España

Traducido del francés por Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños
(con la colaboración de Antonio Roales)

Alianza Editorial

Título original: *Juan Carlos d'Espagne*

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Perrin, 2013
© de la traducción: Íñigo Sánchez-Paños y Elena M. Cano, 2014
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-9078-0
Depósito legal: M. 17.705-2014
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11 Prólogo
19 El exilio
51 Una juventud sacrificada
85 La alianza
129 «Cuando no éramos nadie»
175 De Juanito a Juan Carlos
199 ¡Por fin llega a sucesor!
233 Un príncipe moderno
295 Agobios y tanteos
337 El animal político se despierta
401 Frente al golpismo
447 Honores y decadencia
489 El juancarlismo. ¿Y después?
521 Epílogo

531 Agradecimientos
533 Fuentes y bibliografía

A Jorge Semprún y Javier Pradera,
in memoriam.

Prólogo

Cuando de niña llegué a España, descubrí *Las Meninas* de Velázquez en el museo del Prado. *La Gioconda* parecía ridículamente pequeña frente a la inmensidad de aquella obra. Después, descubrí al rey. Por fin había encontrado a mi príncipe azul; no el de los cuentos de hadas, uno de verdad, tan guapo como un artista de Hollywood, y que acababa de salvar a España de un golpe de Estado. De regreso a París, colgué en mi cuarto un retrato oficial de Juan Carlos en uniforme de gala. Me gustaba el aura majestuosa y tranquilizadora que se desprendía de su persona. Mi padre, en un vano intento de convertirme a la causa socialista que en aquella época defendía con ardor, sustituyó el retrato real por el de François Mitterrand con una rosa roja en la mano. Eso fue lo que provocó mi primera fuga. La segunda tuvo lugar cuando mi padre se negó a que me bautizara. Era por entonces muy sectario. Estábamos en plena campaña electoral de mayo de 1981. La promesa era un porvenir radiante para Francia y los franceses; para mí, jugar gratis en los Jardines de Luxemburgo. No tardé nada en percatarme de que no había que creer a los políticos. Han pasado treinta años, y jugar en los Jardines de Luxemburgo sigue siendo igual de caro.

De manera que en casa teníamos cada uno nuestro soberano y nuestro tipo de monarquía. El mío había rechazado los plenos poderes heredados de Franco para devolvérselos al pueblo y vivía con mucha más sencillez de como se vivía en el palacio del Elíseo, sin corte ni ceremoniales. Yo ya me había dado cuenta del gusto que les habían tomado los amigos de mi padre a los oropeles y a los coches oficiales con chófer. Sobre todo, quienes más habían dicho que querían cambiar el mundo. Por la cantidad de exiliados latinoamericanos que dormían en el sofá del salón de casa, sabía que la democracia seguía siendo frágil en algunas regiones del mundo. Como hija de alguien que había estado preso —cosa de la que me enteré por casualidad en el colegio, durante un recreo—, había comprendido que los verdaderos compromisos políticos conducían a batallas peligrosas. En el fondo, la moderación francesa me parecía bastante cómoda, salpicada con algunas grandes movilizaciones simpáticas en torno a la escuela o al racismo. Eso tenía el mérito de mantener a mi padre en un perímetro más bien seguro y familiar… a excepción de alguna explosión que causó destrozos en su encantador refugio del Barrio Latino.

Cuando estábamos metidos de lleno en aquella mala comedia del poder, mi madre tuvo la excelente idea de llevarme a España; esa vez era para vivir. A finales de los ochenta, cuando la España por fin europea y también socialista preparaba el despegue a cuya apoteosis se llegaría en 1992 con la Exposición Universal de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona, fue cuando puse los pies en el corazón de Andalucía, en Sevilla. El embrujo de los aromas a azahar tuvo en mí un efecto inmediato: adopté esa ciudad moruna, de riquezas arquitectónicas aún poco conocidas para mí, con sus corridas de toros, sus tapas, su Semana Santa, su Feria y su magia a la vuelta de cada esquina.

Tuve entonces la suerte de conocer a algunos actores históricos de la transición democrática española, convertidos ya en responsables políticos. ¡Qué contraste tan cautivador con «nuestros» socialistas de Francia, que venían en visita oficial o privada! Supongo que la Escuela Nacional de la Administración francesa enseña tanta gestión de asuntos públicos como arrogancia… Los españoles, que habían pasado por el exilio y las amenazas policiales bajo la dictadura de Franco, por la lucha por la democracia poniendo en peligro sus vidas, vivían el poder con sencillez, alegría y eficacia. Aunque las amenazas de ETA eran reales, se paseaban con frecuencia a pie por las callejuelas, sin rehuir el contacto directo con sus electores, de un modo siempre espontáneo y jovial. No vivían escondidos en los palacios de la República. Naturalmente, hubo abusos, casos de corrupción, arribistas más ávidos que otros, linchamientos mediáticos, envidiosos… como en todas partes.

Corría el rumor de que el rey también tenía su cuota de libertad, que por la noche cogía la moto para dar una vuelta de incógnito por Madrid. Un hombre alto, de aspecto atlético, que no dejaba de saltarse el protocolo para gran desesperación de los servicios de seguridad, y provocaba la simpatía y el respeto general. Si Mitterrand gobernaba *desde arriba,* él reinaba *con.* ¿Por qué dos países limítrofes, dirigidos por la misma familia política, vivían el poder de modos tan diferentes? ¿Era una cuestión de generación, de clima, de peso de la Historia, de concepto de Estado? Quise comprenderlo mejor.

Dediqué la memoria de licenciatura en Historia en La Sorbona al papel político que Juan Carlos desempeñaba cuando tuvo lugar la transición democrática española. Mi padre publicaba por entonces *La République expliquée à ma*

fille[1], y dos años después yo respondía con un libro en español titulado *La forja de un rey*[2]. Después, en Estados Unidos y en Francia, erré por estudios económicos y por los torbellinos de las finanzas. Una manera más de marcar mi diferencia con un padre hecho polvo al ver que su hija se perdía en las esferas del dinero, pero aliviado al mismo tiempo por no tener que seguir manteniéndola. Aunque lo desprecie, se agarra uno a preservar su propio capital… Resulta más fácil ser desdeñoso cuando se es heredero. Wall Street puede terminar siendo tan duro como la guerrilla boliviana, pero sin armas y sin hambre. Salí de aquello marchita y desgastada. Volver a dar con mi vocación fue volver a nacer.

Si en otro tiempo quise comprender la política, esta vez he querido acotar el destino shakespeariano de un hombre y de un rey confrontado a un país sumido en una crisis fulminante y que pasa hoy por las angustias de la vejez. A la sombra de ese final, me ha parecido fundamental reconocer sus éxitos pasados y poner de relieve los pasos de un recorrido digno de una novela.

Las monarquías vistas bajo el prisma de la prensa del corazón son fábricas de sueños: mujeres de largo, joyas centelleantes, sonrisas de circunstancias, recepciones en palacios maravillosos. Pero ¿cuál es el reverso del decorado? Una existencia de sacrificios y de deberes, agendas organizadas al milímetro, una vida privada observada con lupa. ¿Cómo es posible que un régimen un tanto anticuado, fundado en la magia de la trascendencia y los privilegios de la sangre, pueda hoy sobrevivir? Ser rey es un empleo para toda la vida, sin período de prueba, di-

---

[1] Régis Debray (1998).

[2] *La forja de un Rey, Juan Carlos I, de sucesor de Franco a Rey de España*, Fundación CajaSol, 2000.

fícilmente recusable y cuyo único mérito contemplado es el ADN y cierta educación. Un «duro oficio» que va contra la Declaración de los Derechos Humanos y el aire de los tiempos. Cuentan que un socialista le dijo a Juan Carlos que ni siquiera él votaría a favor de la monarquía si no fuera rey[3]. El hecho es que este soberano encarna una dimensión sagrada, ligada al Estado y arraigada en la Historia, que le confiere un estatuto fuera de lo común y que le ha permitido conjurar los demonios irracionales de España.

Si la mayoría de los monarcas representan figuras simbólicas planas, ¿por qué el destino del rey de España es tan excepcional?

Juan Carlos I es un icono vivo, porque cumplió a la perfección la misión para la que había sido educado: restablecer la monarquía en España con carácter duradero y reconciliar a los españoles desgarrados y atormentados por la guerra civil. El rey atrae hacia él la luz. Pero las sombras siguen estando ahí. Detrás del éxito político se ocultan dramas personales terribles: se vio entregado de niño al enemigo, se encontró zarandeado entre dos figuras paternas despiadadas, fue indirectamente responsable de la muerte accidental de su hermano, fue asimismo marioneta de Franco y reinó en lugar de su padre… Su proeza por el país es de un coste humano inconmensurable. Pero un soberano no tiene derecho a sentimientos personales.

Juan Carlos fue durante mucho tiempo «una persona en proyecto». Tras la muerte de Franco, su tutor, será, para sorpresa de todos, «la persona de un proyecto». A lo largo de su vida, ha sabido guiar a su pueblo en todas las fases de su historia. ¿Como motor o como simple acompañante?

---

[3] José García Abad (2004).

No llego a la pretensión de querer entregar una biografía definitiva de este personaje público. Menos aún, de captar el misterio del hombre, que sigue existiendo se diga lo que se diga. He intentado esbozar las verdades y las dinámicas de una vida fuera de lo común, sin traicionar al protagonista. El ejercicio no ha sido cómodo, porque aún es contemporáneo lo que está en juego, y los principales actores, sometidos a una autocensura protectora del soberano, se resisten a explicar. Mi enfoque se ha alimentado de archivos y de testimonios inéditos. Este libro ha sido posible gracias a conversaciones con testigos a los que he tenido la suerte de poder entrevistar, en Madrid y en París. Jorge Semprún me abrió su red de amigos españoles, entre los que se encontraba el muy llorado Javier Pradera; Alfonso Guerra también me ha guiado eficazmente. Algunas personalidades francesas de renombre —entre otras, Stéphane Bern[4], Hubert Védrine y Alexandre Adler[5]— han enriquecido mi reflexión. Gracias a ellos y a los archivos diplomáticos franceses y británicos, he podido construir algunas claves de comprensión que me facilitaron acotar la conquista del poder por parte de Juan Carlos.

Mis pasos son los de una historiadora de reciente cuño, inmersa en el poder desde la infancia, que ha vivido en España y que pretende restituir los engranajes del destino de un hombre convertido en animal político en beneficio de la democracia. Es asimismo un libro de agradecimiento, porque el destino me ha devuelto la confianza en la política.

---

[4] Periodista y escritor francés especialista en información sobre nobleza y realeza.

[5] Historiador y periodista francés experto en relaciones internacionales.

1

El exilio

Juanito, rodeado de sus hermanos Pilar y Alfonso. Delante de ellos, Margarita y sus padres, María de las Mercedes y Don Juan, conde de Barcelona. Una familia unida en el exilio de Estoril. © Contacto/Paris Match

Nació en el exilio, en Roma, el 5 de enero de 1938. Su madre, María de las Mercedes de Borbón Dos-Sicilias y Orleans, se encuentra en el cine con su suegro y tío, el depuesto rey Alfonso XIII, cuando tiene las primeras contracciones. Su médico, sin embargo, le había asegurado a su marido, don Juan de Borbón y Battenberg, que podía irse con toda tranquilidad de cacería, porque la criatura tardaría aún tres semanas como mínimo antes de venir al mundo. Así pues, nace prematuramente, en el hospital anglo-americano. Don Juan regresa precipitadamente, se le pincha una rueda del Bentley. Tiene gran interés en ver al recién nacido lo más rápidamente posible, y más todavía porque esta vez es un niño. Sin embargo, el bebé no es guapo. Según confiesa la propia madre, Juanito nace por fin a las 14.30 h, feo, feo, feo como un dolor[1]. Cinco meses después, no obstante, lo que aparece en las fotos es un bebé mofletudo y sonriente. Se descubren unos ojos grandes que iluminan un rostro redondo y ya una expresión jovial que lo hace encantador.

[1] Javier González de Vega (1995).

El heredero de la corona de España recibe el nombre de Juan Carlos Alfonso Víctor María de Borbón y Borbón Dos-Sicilias. Pronto pasará a ser Juanito para los íntimos. Hasta bastante más tarde no será llamado simplemente Juan Carlos. El príncipe real recibe el bautismo el 26 de enero de 1938, de manos del futuro papa Pío XII, por entonces cardenal Pacelli. La madrina es su abuela paterna, la reina exiliada de España Victoria Eugenia; y el padrino, su abuelo materno, Carlos de Borbón Dos-Sicilias, ausente por haberse enrolado en el Ejército Nacional español, en armas contra los republicanos en la cruenta guerra civil que se desencadenó el 18 de julio de 1936. El bautizo es ocasión para que la familia real se reúna en el palacio de Torlonia, residencia de la tercera hija de Alfonso XIII, la infanta Beatriz, casada con el italiano Alessandro Torlonia, príncipe de Civitella-Cesi. Su hermano, don Juan, ocupa el último piso con su esposa, la hija mayor de ambos, Pilar, venida al mundo en Cannes el 30 de julio de 1936, y el recién nacido, sobre quien reposan ya todas las esperanzas dinásticas.

El abuelo de Juanito, Alfonso XIII, nació ya rey el 17 de mayo de 1886, puesto que su padre, Alfonso XII, había muerto de tuberculosis seis meses antes de su nacimiento. Como consecuencia de las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, que daban la victoria a los candidatos republicanos en las grandes ciudades de España, se exilia a Francia, sin renunciar no obstante a sus derechos a la corona. Ante aquella ola antimonárquica, el soberano prefiere retirarse. La Segunda República española[2] quedó procla-

[2] La Primera República constituyó un breve paréntesis, entre el 11 de febrero de 1873 y el 29 de diciembre de 1874, en el que se sucedieron cuatro presidentes.

mada y formado al propio tiempo un Gobierno provisional, mientras Alfonso XIII, exiliado voluntariamente, se instala en el hotel Meurice, en la calle Rivoli de París; después, en Fontainebleau.

Si bien los inmensos palacios españoles hacían tolerable la cohabitación con su esposa —impuesta por el pesado protocolo de la monarquía española—, el exilio les facilita que se separen. «Es alegre como un latino, caballeroso como un Habsburgo, buen deportista como un inglés, orgulloso y poeta como un español. Pero también egoísta como un hombre[3]», dice de él su mujer, harta de sus notorias infidelidades. Victoria Eugenia de Battenberg, madre de sus siete hijos, introdujo la hemofilia en la familia; Alfonso XIII no se lo perdonará nunca. Sin embargo, ya se lo había advertido el rey de Inglaterra, Eduardo VII, tío de la prometida; pero él no había sabido resistirse a los encantos de aquella magnífica y joven alteza, considerada entonces como la más bella de las princesas de Europa, nieta de la reina Victoria y educada bajo su tutela en Balmoral. La unión está marcada desde el principio con el sello de la maldición: el 31 de mayo de 1906, cuando Victoria Eugenia y Alfonso XIII regresan de la ceremonia de boda para ir al Palacio Real, en pleno centro de la capital, un anarquista lanza una bomba contra la carroza. La pareja sale milagrosamente ilesa de aquel atentado, que provoca una decena de muertos entre los miembros de la guardia real[4].

---

[3] José Luis de Vilallonga (1993).

[4] Ampliándolo a las personas que veían pasar el cortejo, fueron en total veintitrés muertos y más de un centenar de heridos, según la investigación pericial. (Nota de los traductores.)

De los siete hijos, el mayor, Alfonso, es hemofílico y renuncia a sus derechos al trono el 11 de junio de 1933 para casarse con una cubana, Edelmira Sampedro. Diez días después, el segundo hijo, Jaime, sordomudo, renuncia a su vez al estatuto de heredero que le correspondía. Se casa con la aristócrata franco-italiana Emanuela de Dampierre y Ruspoli, de la que tendrá dos hijos varones. El tercero, Fernando, nació muerto. El quinto, Gonzalo, también hemofílico, fallece el 11 de agosto de 1934 en un accidente de coche, como consecuencia de una hemorragia interna. El 6 de septiembre de 1938, Alfonso, que se dispone a casarse por tercera vez, muere en las mismas circunstancias que su hermano pequeño. Solo queda ya un único infante varón, vivo y sano, el cuarto hijo: Don Juan, el padre de Juanito, que se convierte entonces en príncipe de Asturias.

Don Juan se entera de la feliz noticia durante una escala en la India. Había estudiado en la escuela naval de San Fernando, en Cádiz. El exilio de su padre lo obliga a marcharse de España y a terminar sus estudios en la academia naval de Dartmouth, prestigiosa escuela militar de Gran Bretaña, donde reina su tío paterno. Don Juan es un navegante consumado que lleva en el brazo un tatuaje en el que se entrecruzan serpientes y anguilas. Es de carácter entusiasta y simpático, «puede ser al mismo tiempo encantador, exquisito —en particular, con las mujeres— pero tiene también los modales toscos de un verdadero marino. Lo que más choca es su desparpajo natural: una mezcla de carisma y de amabilidad extrema. Cuando entra en una habitación se adivina su carga de realeza[5]», explica el periodista Stéphane Bern.

---

[5] Conversación de la autora con Stéphane Bern, el 16 junio de 2011, en París.